

EL ARTE

REVISTA SEMANAL.

DIRECCION:

Hita, 6, segundo, izquierda.

Precios de suscripcion.

MADRID.—Un mes, 4 rs.—Tres meses, 10.—Seis, 20.—Un año 40.

Precios de suscripcion.

PROVINCIAS.—Un mes, 6 rs.—Tres, 16.—Seis, 32.—Un año, 60.

ADMINISTRACION:

Hita 6, segundo, izquierda.

COLABORADORES.

D. Juan Eugenio Hartzenbusch.
Antonio Sanchez Perez.
Miguel Ramos Carrion.
Antonio Romero y Andia.
Victorino Lopez Fabra.
Emilio Diez.
Benito Martin Albo.
Eloy Perillan Buxó.

NOTA.

Tenemos el gusto de advertir á todas aquellas personas para quienes nuestra mision no sea indiferente; que todos cuantos sueltos, artículos ó consejos que tengan por objeto el arte en cualquiera de sus manifestaciones, y con este fin se nos dirijan, hallarán cabida en nuestras columnas, reservándonos, como es natural, aquello que por sus condiciones no sea á propósito para honrar nuestro periódico.

REFLEXIONES SOBRE EL ARTE.

El arte es la idealizacion de la naturaleza.

La verdadera belleza artística la engendra «la idea de lo bello impresa en el alma del artista.»

En todo arte, bien se traduzca su expresion plástica en colores ó en mármol, en palabras ó en sonidos, la imitacion servil de la naturaleza sólo puede ser obra de un mercenario ó de un novicio.

Todos los críticos serios, desde Aristóteles y Plinio hasta Reynolds y Fuseli, han repetido al artista que la naturaleza no debe ser copiada sino idealizada; que no deteniéndose el órden elevado del arte sino en las combinaciones elevadas tambien, el arte es sólo la perpétua lucha de lo humano para acercarse á lo divino.

El gran pintor, el gran poeta ó el gran músico, expresan, es verdad, lo que es posible al hombre; pero que al mismo tiempo no es común á la especie humana.

Hay verdad en el *Hamlet*, en *Macbeth* y sus brujas; en *Desdémona*, en *Otelo*; hay verdad en los lienzos de Rafael y en las esculturas de Cánovas; pero el tipo de esos versos, de esos lienzos, de esos mármoles no los encontrareis ni en Paris, ni en Lóndres, ni en el Bois de Boulogne, ni en Oxford-Street. Todas esas

creaciones nacen de la idea que el artista lleva en su alma.

Esta idea, sin embargo, no es innata, es el fruto de un largo y serio estudio del ideal para desembarazarle de la realidad y elevarle hasta las regiones de lo grande y de lo bello.

Por eso el modelo más comun y grosero es fecundo en preciosas inspiraciones para el artista que ha concebido su ideal.

Se cuenta que habiéndose preguntado al célebre Guido de dónde tomaba sus modelos, hizo traer un maniquí cogido al azar, y sobre aquel tipo comun y grosero dibujó una cabeza de incomparable hermosura. La cabeza se parecia al maniquí, pero el maniquí idealizado se habia convertido en una diosa.

Para tener esta fuerza suprema de voluntad se necesita ser *elegido*.

El genio es espontáneo; no lo crea de ningún modo el estudio. El estudio le da forma y le perfecciona.

El estudio y el talento sólo extienden su dominio hasta la ciencia. El mundo más allá, el mundo del arte, está reservado para los hijos predilectos de él, para sus elegidos.

La ciencia! Un dia pensó el hombre que las innumerables estrellas que pueblan el espacio, como las olas de un océano sin límites, eran microscópicos destellos de luz que la Providencia habia colocado allí para hacerle más agradable la noche, y la ciencia ha corregido esta ilusion de la vanidad humana. El hombre hoy confiesa que las estrellas son mundos más grandes y gloriosos que el suyo, punto apenas visible en el inmenso mapa del universo.

En su soberbia creyó el hombre que el árbol del desierto habia sido colocado allí para su abrigo y su solaz, pero la ciencia le ha demostrado que de cada una de sus hojas el creador ha hecho un mundo donde hierven innumerables razas, porque en lo infinitamente grande, como en lo infinitamente pequeño, Dios es igualmente pródigo de vida.

La ciencia nos ha demostrado que la vida es el principio que todo lo llena y lo absorbe, que la cosa que muere y se corrompe, sólo sirve para engendrar una nueva vida que anima la materia bajo mil formas distintas.

Hé aquí la ciencia.

La ciencia es, ó la verdad ó una serie de investigaciones para llegar á ella. Es la realidad fria y desnuda, es la vida y la muerte.

El dominio de la ciencia sólo se extiende á

la materia, á lo creado, á lo tangible, á lo real y verdaderamente palpable. El espíritu la domina con el estudio, pero la domina despóticamente, porque uno á uno la arranca todos sus secretos, y la ciencia es impotente para resistir al espíritu investigador de la raza humana.

La ciencia considera el valor relativo de los objetos; para el arte todo es absoluto. Aquella los descompone, los analiza y los define; este los encumbra, los eleva, oculta su origen puramente material y sólo vé en ellos lo espiritual, lo bello, la parte inmortal, el destello que de sí mismo ha reflejado Dios hasta en las cosas más insignificantes.

Por eso el corazon del hombre más empuernido se conmueve al penetrar los misterios del arte y se extasia al contemplar sus obras. Hé aquí la prueba palpable y evidente del dominio que ejerce el espíritu sobre la materia, y de la tenencia y simpatías de aquel hácia el mundo de donde dimana.

Mil consideraciones psicológicas acuden en tropel á nuestra mente al llegar á este punto, donde á pesar nuestro hemos venido á parar por la fuerza de las deducciones. Sólo hemos tomado la pluma para hacer algunas ligeras reflexiones sobre las propiedades del arte tal como nosotros le comprendemos y hemos llegado á un punto en que la índole del artículo no nos permite ir más lejos.

Terminaremos, pues.

No creemos en los silfos, ni en los gnomos, ni en la existencia de ninguno de esos fantásticos seres creados por la ardiente imaginación de los sectarios de la cábala; pero existe una terrible y misteriosa afinidad entre nuestra alma y un mundo que no conocemos. Esta afinidad, origen de nuestros más puros y vehementes goces, es la madre de las imperfectas obras de arte que produce el hombre, el sol que alumbra y vivifica su genio, la causa oculta que encamina las aspiraciones del alma hácia ese mundo desconocido.

El objeto de estas aspiraciones es: para un filósofo, la verdad; para el sábio, la ciencia; para el artista, lo bello; para el materialista nada; para nosotros, Dios.

E. D.

ROSSINI.

(Conclusion.)

El dichoso suceso que devolvió al maestro

su antiguo entusiasmo por el arte, sacándole de aquel doloroso estado de abatimiento en que se encontraba, es, según Fétis, el siguiente:

Rossini hizo un viaje á España hacia el año 1832, donde escribió á *vuela pluma* un *Stabat Mater* que, como recuerdo, le había pedido un rico aficionado de nuestro país; ignoramos quien sea. El editor Troupenas concibió el proyecto de hacerle ejecutar en unos conciertos que tuvieron lugar en París en 1841, y rogó al maestro que retocara un poco el *Stabat* añadiéndole algún trozo más. Sin dar importancia á este acontecimiento, Rossini hizo lo que Troupenas le pedía enviándole corregido á este editor. Bien pronto el público, apercibido de que Rossini, rompiendo un silencio de doce años, había escrito un *Stabat*, empezó á interesarse; y la prensa, hábilmente manejada por Troupenas, que se proponía explotar la curiosidad pública, dió cabida en sus columnas á todos los comentarios á que se prestaba el suceso.

El éxito fué superior á las esperanzas del hábil especulador; los conciertos se sucedían sin interrupción; las ediciones del *Stabat* se multiplicaron hasta el infinito para piano, para orquesta, con la letra en latín, en italiano y en francés. En todos los salones, en todos los conciertos, en todos los teatros se contaba el *Stabat* de Rossini; los periódicos políticos, literarios, musicales, artísticos, todos se ocuparon, ya en son de crítica, ya en son de alabanza del afortunado *Stabat*. Doce años antes, una ópera del maestro no hubiera llamado de tal manera la atención: doce años de silencio prestaban un mérito extraordinario á una composición que tal vez se hubiera oído antes con indiferencia.

Al calor del entusiasmo público, el espíritu de Rossini recibió nueva vida, se regeneró por completo; el corazón del gran maestro latió con dulce violencia en vez de pasar los días sumido en la tristeza suspirando con melancolía. Rossini pedía justicia; la obtuvo por fin. ¡Ah! cuántos nobles corazones no destruye la indiferencia del público: ¡ah! cuántas lágrimas de sangre no hace verter una burla indecorosa ó un silbido ininteligente. Si el público no olvidara que tras aquellos telones pintados que decoran una escena late angustiado un corazón animado de tan buenos sentimientos como los suyos; lanzan ardientes miradas unos ojos que como los suyos también descansan algunas veces en la venerable cabeza de una madre querida, en la sonrisa inefable de la mujer amada, en la graciosa é infantil cabeza de un hijo inocente; si el público supiera todo esto cuando ocupa las localidades de un teatro, quizá mirara más las consecuencias de su inapelable fallo, quizá no se dejara arrastrar tanto algunas veces por la pasión de escuela ó de partido.

Ya lo hemos dicho: Rossini, como todos los hombres de genio, ejerció una influencia decisiva en el arte á que dedicó sus esfuerzos. Los italianos, entusiastas por la melodía, no admitían la armonía en la escena, sino á condición de que no sirviese más que como simple acompañamiento; su gusto apasionado por el canto, imponía á los instrumentos la

obligación de sostenerle sin cubrirle; la música dulce ó patética tenía solamente el privilegio exclusivo de agradarles. Pues bien; Rossini consiguió el milagro, que de tal puede calificarse, de hacer que sus compatriotas gustaran de una armonía llena de modulaciones; de conseguir que su atención aprendiera á dividirse entre las bellezas del canto y las magnificencias de la instrumentación; de hacerles comprender la grandeza de los cantos enérgicos lo mismo que la dulzura de los melancólicos.

Su gran fecundidad está puesta de relieve en una graciosa anécdota de que no queremos privar á nuestros lectores.

Cuéntase que cuando la representación del *Moisés* en Italia, el decorador había pintado un mar rojo tan cómico, que el público soltó una unánime carcajada al verlo.

En efecto, las olas de escarlata parecían una inmensa ensalada de cangrejos.

Tóto la, que había escrito el libro, fué al día siguiente á casa de Rossini, que estaba todavía en la cama:

—Maestro, le dijo, he salvado el mar rojo.

—¿Y cómo, nuevo Moisés?

—He escrito en una hora una oración para los hebreos.

—Pues yo no necesito más que un cuarto de hora para hacer la música.

Al día siguiente, al llegar al tercer acto de la ópera bíblica, al paso del mar, los espectadores se prepararon á reír...

Pero cuando Moisés entonó la oración *Dal tuo stellato soglio*, repetida en masa por el coro, los espectadores, mudos, admirados, conmovidos, no pensaron más en la necedad del decorador; penetrados de la grandeza de la oración, se hubieran puesto de rodillas para repetir sus admirables notas.

El carácter de Rossini, no ha sido, creemos, bien comprendido. Multitud de anécdotas que corren por ahí acerca de él, le pintan como un hombre decididor y chancero, superficial; pero la melancolía que puso en riesgo á su vida, la aspiración apasionada hacia un ideal sin límites de gloria y de grandeza, le hacen aparecer muy diferente á nuestros ojos.

La sociedad francesa, en que tanto tiempo ha vivido, más superficial en la forma que en el fondo, ha debido contribuir indudablemente á hacer que Rossini se adaptase en ocasiones al carácter francés, más por precisión y cálculo que por inclinación.

Acerca de las condiciones morales del maestro, se dice que habiéndole encontrado Gall en Milán cuando aún era oscuro y desconocido como compositor, escribió en sus libros después del nombre de Rossini las siguientes notas: *Mirada penetrante, sonrisa inteligente y fina, frente prominente.—Inspiración, genio creador, energía, gracia, fecundidad, don de gentes.*

Hé aquí la lista por orden cronológico de sus principales composiciones:

«*Il pianto d'Armonia, La Cambiale di matrimonio, L'equivoco stravagante, Didone abbandonata, Demetrio e Polibio, L'Inganno felice, Ciro in Babilonia, La Scala di seta, La Pietra del Paragone, La occasione fa il ladro, Il figlio*

per azzardo, Tancredi, L'Italiana in Algeri, Aureliano in Palmira, Egle e Irene, Il turco in Italia, Elisabetta, Zorraldo e Dorchisa, Il Barbiere di Siviglia, La Gazzeta, Otello, Teti e Peleo, Cenerentola, La Gazza-ladra, Armida, Adelaide di Borgogna, Mosé, Ricciardo e Zorai-de, Ermione, Eduardo e Cristina, La Donna del lago, Bianca e Faliero, Maometto II, Matilde di Shabram, La Riconoscenza, Zelmira, Il vero Omaggio, Semiramide, Sigismundo, Il viaggio á Reims, La Siege á Corinto, Moise, Le Comte Ory, Guillaume Tell, Stabat Mater.

MÚSICA.

Teatro de la Ópera.—*Poliuto*.—*Saffo*.

Tras de una semana entera en que la falta de salud de los artistas impidió las representaciones del teatro Nacional de la Ópera, estas volvieron á reanudarse el domingo 7 con la ópera en tres actos de Donnizetti, *Poliuto*, en la que hicieron su debut la señora d'Este y el barítono Sr. Cuyas.

La primera posee una voz seca y de poca extensión, poco apropiado para la escena. A pesar de todo cantó regularmente, no obstante el miedo natural que produce en un artista presentarse ante el público, juez inapelable y severo que decide soberanamente de su porvenir y de su fama.

El Sr. Cuyas posee una deliciosa voz de barítono, y su escuela de canto es buena; pero su voz es muy débil y su acento catalán no se aviene con el dulce lenguaje del Dante.

Del Sr. Tamberlik hablaremos despues.

Los coros, si no sobresalieron, tampoco dejaron de cumplir con su deber, y á no ser por la deplorable cencerrada que la banda de ingenieros nos hizo oír en la marcha del final del primer acto, hubieran cumplido mejor.

La orquesta dejó mucho que desear, y propósito de ella nos permitiremos dar un consejo al Sr. Barbieri.

De dirigir una orquesta en un concierto, á dirigirla en una ópera, hay notable diferencia. En el primer caso, la precisión es la condición primera á que debe atenderse; en el segundo es todo lo contrario. Debe establecerse entre el cantante y el maestro una unión íntima, dejar cierta libertad en la medida del compás que, sin desnaturalizar el ritmo, no fuerce al cantante á sujetar las aspiraciones á un tiempo dado; es preciso, en fin, no querer hacer del actor un instrumento.

Por todos estos defectos de unos y otros, la ópera en la primera representación caminaba á un fin fatal hasta el primer tercio del segundo acto; pero cuando el gran artista, cuando Tamberlik vino á llenar el aire con esa voz nerviosa y pausada á un tiempo, arrebatadora siempre; cuando dijo el *Credo*, todo desapareció; ya no pudimos acordarnos de nada, sino de unir nuestro sentimiento nuestro entusiasmo con el de todo el público, que en medio de aplausos repetidos hizo presentarse en el palco escénico al gran cantante.

La ópera concluyó friamente sin razón, pues en el último dúo, el público aplaudió á Tamberlik y á la d'Este,

Hemos esperado inútilmente la repetición del *Guglielmo Tell*, pues siguen las indisposiciones.

En el número próximo nos ocuparemos de *Saffo* y de la señora Ferni que debutó en ella.

La empresa está dando pruebas de la fe con que trabaja para alcanzar el favor del público, y no dudamos que lo alcanzará, si no deja adormecer la actividad de que hoy da muestras.

Mucho nos alegraríamos, y creemos que es hasta cuestión de honra para el público de Madrid y para la aristocracia revolucionaria,—si se puede decir—el que el teatro de la Opera no cierre sus puertas en la capital de España, cuando so sostiene en las de provincias donde las condiciones son muy desventajosas por falta de artistas y de metálico.

Pensábamos haber hecho un juicio crítico de la música de Hervé, que hemos oído por primera vez en *Chilperico*, pero habiendo juzgado á Offembach, y siendo aquel un imitador servil de este, con más la falta de gracia y ligereza que el segundo tiene naturalmente, excusamos decir nada.

EL PRIMER AMOR DE BERLIOZ.

(Traducción libre.)

Entre las curiosas memorias que ha dejado escritas el ilustre músico francés arriba citado, se encuentra el relato de su primer amor, que Mr. Oscar Comettant ha hecho público en el *Siecle*.

Berlioz abandonó muy joven á Grenoble, impulsado por su amor á la música, pero llevando en su corazón otro amor mucho más terrenal que el del arte.

Los domingos, días destinados al descanso y al amor para los que han tenido otras ocupaciones durante la semana, el joven salía á pasear por los pintorescos alrededores de la villa, acechando con indecible afán la llegada de una bella joven que, acompañada de su madre, concurría á la cita dada por Berlioz. La vista de la muchacha llenaba de indecible placer el corazón del joven; con esa emoción penosa y dulce á la vez que experimenta el verdadero amor en presencia del objeto amado, suspendió una lectura que estaba muy lejos de embargar su espíritu, para saludar con voz temblorosa á la madre y dar un significativo apretón de manos á la hija.

—Buenos días Mme. X..., buenos días Mlle. Francisca.

Algunas veces le preguntaban si tenía intención de abandonar sus estudios de medicina para ir á París á estudiar música. Berlioz respondía con fuego que él amaba la música; que aspiraba á alcanzar renombre y gloria; que él se sentía inclinado al arte con una fuerza irresistible; pero no dejaba de advertir por lo bajo á Francisca que jamás la olvidaría, que su imagen sería el faro que le guiara en la lucha que iba á emprender con la oscuridad de su nombre.

Partió de Grenoble; obtuvo en el Conservatorio de París el gran premio de Roma; visitó Italia y Alemania; escribió y obtuvo la

admiración y el aplauso de sus contemporáneos.

La imagen de Francisca llenaba aún su corazón.

Cerca de treinta años después quiso volver á su país natal; recordaba con placer aquellos paseos deliciosos de los domingos; el árbol á cuya protectora sombra esperaba palpitante la llegada de su novia; los sueños de su juventud, y en fin, todos esos encantadores sucesos que se relacionan con la edad deliciosa de los diez y seis años.

¿Habrá muerto? se decía.

Llegó á Grenoble, y ocultando cuidadosamente á todo el mundo su llegada, quiso ir antes que á ninguna otra parte á recorrer aquellos lugares donde su corazón había palpitado por primera vez la dulce impresión del amor.

La naturaleza no envejece nunca. ¡Oh, inefable paraíso! Allí, la piedra en que solía sentarse para dejar vagar su espíritu, soñando con la inmortalidad. Más allá, el punto de vista que obtenía su preferencia. Aquí, los bosques, mudos testigos de sus suspiros y sus lágrimas. Y allá, á lo lejos, descubría la casa de Francisca.

Temblando, toma el camino que conducía á ella, y que tantas veces había recorrido en su juventud.

Una mujer, gruesa, pesada, cuyas formas adquiriendo una redondez excesiva carecían completamente de belleza si no eran un modelo de fealdad, con un bigote muy respetable para su sexo, descuidada en el vestido y seguida de cinco ó seis muchachos, le salió al encuentro en su camino.

—Señora, soy forastero y no conozco á nadie en este país. ¿Es V. de Grenoble?

—Sí, señor.

—Entonces podrá V. darme las noticias que deseo.

—Tendré mucho gusto en ello.

—Gracias, señora.

—Desearía saber qué ha sido de una joven llamada Francisca que vivía con su madre en aquella casa. Era la más hermosa criatura que he visto en mi vida.

—¿Y cuándo sucedía eso? pregunta la interpelada con vivísimo interés.

—Hace treinta años.

—¿Cómo; es Vd. M. Berlioz! Yo soy Francisca.

Y loca de alegría tiende sus brazos al maestro en medio de la admiración de los muchachos.

Berlioz arrojó un grito horroroso; había recibido el golpe más terrible en sus doradas ilusiones. Con los ojos desencajados, contempla á aquella mujer que había divinizado en sus sueños, y que pesaba diez arrobas, tenía seis chiquillos, y ostentaba por apéndice en su abotargado semblante un respetable bigote...

VARIEDADES.

Aun cuando el estado de la nación no está desgraciadamente para dedicar todo el tiempo que se merecen á las bellas artes, pregun-

tamo: ¿cuándo se piensa hacer algo para que la exposición se verifique?

El señor ministro de Fomento, cuya ilustración y buen gusto nos complacemos en reconocer, debía darse un paseo por la Castellana, y al contemplar aquel local mustio y feo que el Sr. Indo erigió en sus solares, tal vez le viniera á la memoria que hay, además de las transitorias glorias ministeriales, gran número de artistas que, si no reniegan de su cualidad de españoles, porque esto es absurdo é imposible, se lamentan en cambio de que, mientras otras naciones honran á sus hombres de mérito trabajadores, nosotros tal vez dejemos los aplausos para los holgazanes.

La comisión científica del cuerpo de archiveros y bibliotecarios, encargada de enriquecer el museo nacional de antigüedades, acaba de hacer varias adquisiciones importantes. Consisten estas, entre otros objetos, en una preciosa lápida fúnebre de bronce, con una inscripción hecha en el siglo xv; una magnífica cruz también del siglo xv, esmaltada, regalo de un párroco asturiano; otra cruz de bronce de la época del renacimiento, rescatada por la comisión cuando un comisionado del extranjero se disponía para llevársela de España, y por último, una buena colección de objetos prehistóricos de gran mérito, hallados en una mina de cobre de Onís.

Opinion de un dilettante sobre el *miserere* de Lulli.—Ejecutábase en la capilla de Versailles el *miserere* de Lulli, delante de Luis XIV y algunos de sus cortesanos.

El rey permaneció de rodillas todo el rato que duró la ejecución, bastante largo por cierto; y sus cortesanos habieron de imitarle por exigirlo así la etiqueta.

Cuando concluyó, quiso saber Luis XIV la opinión de los asistentes, y preguntó al caballero de Grammont lo que le parecía.

—Magnífico, señor; sumamente grato á los oídos, pero demasiado duro para las rodillas.

TEATROS.

Hace algunas noches se estrenó en el teatro Español, y ya ha desaparecido del cartel, una comedia en tres actos, original, sumamente original, y que el autor aseguraba estar escrita en verso, sin duda porque, convencido de que aquello no era prosa, se veía en la precisión de calificarlo de alguna manera.

Llamábase esa obra *Derechos individuales*, y yo me guardaré de negar á nadie, y menos á D. Enrique Zumel, el derecho de escribir comedias tan malas, puesto que la actual Constitución no se opone á ello, tal vez por no haber previsto el caso de que tan malas llegaran á escribirse.

Yo, amigo lector, me figuro que eres el hombre mejor del mundo: apostaría todo lo que tengo, que no es mucho, á que eres una persona muy simpática, una persona que merece toda mi consideración y mi respeto. Por estas razones te tengo cariño, y por nada del mundo sería capaz de proporcionarte una de-

razon.—«Pero ¿á qué viene todo eso?»—preguntarás con justísima curiosidad. Voy á decírtelo reservadamente. Todo eso viene á que no te refiero el argumento de la última comedia de D. Enrique Zumel. ¿La última? ¡Si fuera la última!

Yo no soy amigo de insultar á nadie; y sin envidiar, como tantos otros, la buena suerte del Sr. Zumel, envidia que se trasluce en los dictérios con que le regalan, alabo su laboriosidad incansable, y lo único que encuentro en ella digno de censura es que no esté aplicada á otro género de trabajo.

La ejecución fué bastante mala: momentos hubo, y, para mí al menos no fueron los peores, en que al Sr. Catalina no se le entendía una palabra. El papel que hacía el señor Valero no era para el Sr. Valero: á lo cual se me contestará que por eso mismo se le dió: entonces me callaré. De la Sra. Cairon y del Sr. Pastrana nada diré, porque no gusto de ser maldiciente, y bien sabe Dios que tengo un gran sentimiento en no poder enviar un aplauso á Elisa Boldun. Quedo en deuda con ella, y prometo, para cuando la vea hacer mejor papel que el de la otra noche, darla, no uno, sino dos, y todo será poco para premiar su buen talento.

Y voy á concluir de hablar sobre este punto, copianlo una frase que oí en un pasillo del teatro, y que á mi entender es la mejor crítica que puede hacerse de la comedia en cuestion. Decía un caballero:—«Indudablemente esta es una de las obras más débiles del Sr. Zumel.»

El otro día decía un periódico al ocuparse del mal éxito de la opereta de Hervé, estrenada en Jovellanos:

—«Está visto: el género bufo va de capa caída; la acogida que ha hecho el público al *Castillo de Totó* y á *Chilperico*, prueban esta verdad.»

Yo no tengo para qué defender al género bufo; pero, si se me diese ese encargo, diría que no es lo malo el género, que no hay ningún género que sea malo ni bueno, y que el mal está en la especie, si puedo explicarme de este modo. Con el criterio del colega y de otros muchos, llegaríamos á convenir en que el género de comedias de Breton y de Serra era malo, porque en ese género ha hecho Zumel una mala comedia. No, señores, no; la exageración de la verdad está tan lejos de esta, que casi casi se confunde con el error.

Lo que va de capa caída, y de ello debemos congratularnos todos, es el género *tonto*, ese género que sólo por sorpresa ha podido apoderarse del gusto de nuestro público. Se concibe que tales mamarrachos, ayudados del aparato escénico de los *calambourgs*, intraductibles á nuestro idioma, y de una música agradable y bien cantada gusten en Francia, pero es inconcebible que aquí, no tales como son, sino desprovistos de sus mejores condiciones, hayamos podido soportarlos hasta ahora. No me ocuparé de la música de *Chilperico*, porque no entiendo de música; y no me ocuparé del libreto porque no entiendo de barbaridades.

Las dos lecciones que casi simultáneamente han recibido del público las empresas del

Circo y de Jovellanos deben marcarles el camino que han de seguir en adelante.

Sin ir á buscar á Francia desatinos literarios y musicales, los Bufos pueden ganar honra y provecho si nuestros escritores y nuestros músicos, inspirándose en nuestras costumbres y en nuestras ridiculeces, que no son pocas, trabajan con buen ánimo. Hagan los Bufos obras como *Un sarao* y *una soirée*, que á pesar de ser bufa tiene sentido común, y verdadera gracia, y verdadera música, y se convencerán de ello.

Me gustan todas, es una comedia del Sr. Zamora y Caballero, cortada por el patron del *Don Tomás*, de Serra, versificada con alguna gracia, con alguna lijereza y con alguna incorrección. Sea como quiera, la verdad es que la comedia es agradable, y que esto, y sobre todo el admirable desempeño que tuvo, la granjearon un éxito sumamente satisfactorio. Habrá quien llame imitador al señor Zamora: yo no se lo llamaré, porque creo que, felizmente para él, el autor á quien se ha propuesto imitar es inimitable. De todos modos, le doy la enhorabuena y le animo á escribir más.

A los actores.—A los actores tengo que hablarles particularmente.

—Señorita Hijosa, es V. una de las actrices de más talento que tenemos en España: no me puedo convencer de que en el papel de la criada de *Me gustan todas*, es V. una actriz, y no me quita nadie de la cabeza que V. ha estado sirviendo de criada en mi casa ó en la de alguno de mis amigos.

—Sr. Morales, está V. muy bien...—No, señor, es justicia: yo no adulo á nadie.

—Amigo Mario, cuando salió V. á la escena no le conocí: recuerdo que me pasaba lo mismo con el pobre Fernando Ossorio. Anoche me decían que aquel actor había muerto: yo creo que eso no es completamente cierto.

—Señorita Gutierrez, desde que la veo á usted me parece que Matilde Díez está más jóven y más guapa.

—Sr. D. Antonio, venga esa mano.

—Señorita Díaz: en ese papel está Vd. muy guapa; bien es verdad que ¿en qué papel no le sucede á Vd. lo mismo?

Y ahora quiero echar un párrafo con todos Vds á la vez.

—Si siguen Vds. como han empezado, el favor del público no puede abandonarles, y el arte y la moralidad y el buen gusto estarán de enhorabuena. En Vds. hay fé y para la fé no hay imposibles: en Vds. hay modestia y la modestia es una buena amiga del talento que no sabe hallarse sin ella, así como ella no sabe hallarse sin él. Procuren ustedes que los buenos escritores asistan alguna que otra noche á su teatro; esto bastará para que se animen á escribir, y mientras tengan Vds. obras buenas no ha de faltarles gente. Es verdad que el público no va á ver las buenas comedias; pero es porque no las hacen: es verdad que no acude á los teatros de verso, pero es porque las empresas le echan de ellos en vez de llamarle.

Topete dijo al iniciar la Revolución de Setiembre. ¡Viva España con honra! Digamos

nosotros: ¡Viva el teatro español con vergüenza!

El matrimonio secreto es una pieza de don Antonio Hurtado, que no es D. Antonio Hurtado. El cartel dice que él la ha escrito: si por escribir se entiende poner en verso lo que otro autor ha escrito en prosa, digo que el cartel está en la razón. El caso es que la obra tiene poca gracia pudiendo tener mucha y que sólo los esfuerzos de los actores pudieron hacerla pasar.

El Sr. Selgas se ha figurado que con poner una habitación de modo que parezca un almacén de lámparas, sacar á las tablas dos personajes no más, aunque estos dos hablen desde la puerta hasta con el gato y con vestidos de rigurosa etiqueta, puede, sin buscar otros recursos que los de su ingenio, hacer una obra agradable.

La barba del vecino parece una comedia de principiante: el monólogo con que comienza y en que Tamayo cuenta al apuntador sus aventuras, es horripilante. Nada diré de los chistes en que abunda, porque su ancianidad los hace respetables para mí. Teodora y Tamayo hacen lo posible, pero claro está que no hacen lo imposible.

El título estará muy justificado mientras esta pieza se ponga á continuación de la del Sr. Hurtado.

En el *Teatro de Lope de Rueda* se ha puesto en escena una traducción del francés titulada: *Las multas de Timoteo*; los traductores Sres. Pina y Santa Ana.

En el *Teatro Español* se estrenó noches pasadas *Las multas de Timoteo*, traducida por el Sr. Catalina.

El pensamiento es cómico y podía haberse sacado muchísimo partido de él.

Nosotros preguntamos solamente: ¿quién la ha traducido mejor?

PARTE MATERIAL.

EL ARTE se publicará una vez á la semana en tamaño igual, cuando ménos, al presente número, y doble, siempre que los asuntos de que haya de ocuparse lo exijan.

Los precios de la suscripción van á la cabeza del periódico.

EL ARTE se ocupará de la historia crítica y filosófica de las bellas artes, de revista de teatros y bibliográfica, y tendrá dos secciones especiales, una en que se insertarán anécdotas verídicas de los artistas célebres, y otra en que insertará gratuitamente anuncios, comunicados, reclamaciones y cuanto tenga parte materialmente en las empresas artísticas, así como las reclamaciones de abonados, artistas y empleados en estas mismas empresas.

Si el favor del público nos ayuda, daremos frecuentes regalos de mérito artístico, como trozos de música poco conocidos de los primeros maestros, fac-símiles, retratos y poesías de escritores, pintores, etc.

MADRID.—1869.

Imprenta de LA DISCUSION, á cargo de F. G. Cañas, Corredora Baja de S. Pablo, 41.